Domingo 23 de febrero de 1997
El Evangelio de Hoy, Diario "El Sur"

Mc 9,2-10

Se transfiguró ante ellos

El II domingo de Cuaresma tiene el Evangelio propio de la Transfiguración del Señor. Este episodio no es una parábola sino un hecho histórico de la vida de Jesús. Lo leeremos como una revelación de la identidad de Jesucristo, según el programa de este Año de Jesucristo, el primero del trienio de preparación al Jubileo 2000. La Transfiguración del Señor nos ofrece una de las respuestas más explícitas a la pregunta: ¿Quién es Jesús?

El relato es claramente una teofanía, es decir, una manifestación de la divinidad. Son varios los signos que lo expresan. La palabra "transfiguración" traduce una palabra griega que significa literalmente "cambiar de forma"; pero esta palabra no basta para expresar lo que ocurrió. Por eso el evangelista se ve en la necesidad de aclararlo: "sus vestidos se volvieron resplandecientes, muy blancos, tanto que ningún lavandero en la tierra, sería capaz de blanquearlos de ese modo". Es una manera de decir que estamos ante algo que no pertenece a la experiencia de este mundo: si ningún lavandero en la tierra es capaz de obtener un blanco semejante, eso quiere decir que el resplandor que adquirieron los vestidos de Jesús es del cielo.

El himno cristológico que San Pablo reproduce en Fil 2,6-11 describe el "cambio de forma" que experimentó Cristo, pero en sentido contrario al de la Transfiguración. Dice el himno que él, "existiendo en la forma de Dios... se vació, tomando la forma de esclavo, hecho a semejanza de los hombres" (Fil 2,6-7). En otras palabras, viniendo a esta tierra, por medio de su Encarnación, el Hijo de Dios, "se transfiguró", cambió de la forma de Dios a la forma de hombre. En el episodio de la Transfiguración, en cambio, por un instante y ante testigos elegidos, Jesús cambió de nuevo a su forma de Dios, que no había perdido haciendose hombre. Sobre la base de este episodio podemos decir que Jesucristo posee la forma de hombre, que adoptó en su Encarnación y con la cual aparece ante sus contemporáneos, y también la forma de Dios, que permanece oculta pero que aquí manifestó a sus apóstoles. Es lo que expresa nuestra fe sobre la identidad de Cristo: "El acontecimiento único y totalmente singular de la Encarnación del Hijo de Dios no significa que Jesucristo sea en parte Dios y en parte hombre, ni que sea el resultado de una mezcla confusa entre lo divino y lo humano. El se hizo verdaderamente hombre sin dejar de ser verdaderamente Dios. Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre" (Catecismo, N. 464).

En la Transfiguración otro de los indicios claros de que se está ante una manifestación de Dios es "la nube que los cubrió con su sombra". Ella recuerda la presencia de

Dios a su pueblo durante la peregrinación por el desierto después de la salida de Egipto: "La Nube cubrió la Tienda del Encuentro y la gloria de Yahveh llenó la Morada. Moisés no podía entrar en la Tienda, pues la Nube estaba sobre ella y la gloria de Yahveh llenaba la Morada" (Ex 40,34-35). Este es el mismo Moisés que, junto con Elías, apareció conversando con Jesús. También la nube es signo de la gloria divina.

Para corroborar todo esto se agrega la evidencia mayor: "Vino una voz desde la nube: 'Este es mi Hijo, el amado; escuchadlo'". Transfigurandose, Jesucristo había manifestado su divinidad; así revelaba que él poseía la naturaleza divina, que era verdadero Dios. Pero era necesario establecer en qué relación se encontraba con el Dios de Israel, el Dios que se reveló en la historia por medio de sus obras maravillosas y ahora manifestaba su presencia en la Nube. Esto es lo que aclara la voz. Jesucristo es el Hijo, una Persona divina distinta del que habla desde la nube; el que habla es, por tanto, el Padre.

Jesucristo es el Hijo único de Dios. El quedó singularizado en la voz del Padre por medio de dos cláusulas: él es "el Amado"; y respecto de él la voz del Padre dice a todos los demás: "Escuchadlo". El Catecismo resume esto afirmando que "Jesucristo es Hijo de Dios por naturaleza y no por adopción" (N. 465). Nosotros, todos los bautizados, somos también verdaderamente hijos de Dios; pero lo somos por adopción, por gracia, como resultado de un don gratuito inmerecido. Por eso Jesús nos enseña a orar diciendo: "Padre nuestro". Esto es lo que hace exclamar a San Juan: "Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos!" (1Jn 3,1).

Esto no quita que sea infinita la diferencia entre ser Hijo de Dios por naturaleza, es decir, por poseer la misma sustancia divina que el Padre, y serlo por adopción. Por eso no pueden aplicarse a Cristo los mismos análisis psicológicos que se aplican a cualquier ser humano. Así lo enseña el Catecismo: "La Iglesia confiesa la plena realidad del alma humana, con sus operaciones de inteligencia y de voluntad, y del cuerpo humano de Cristo. Pero paralelamente, ha tenido que recordar en cada ocasión que la naturaleza humana de Cristo pertenece propiamente a la Persona divina del Hijo de Dios que la ha asumido. Todo lo que es y hace en ella pertenece a 'uno de la Trinidad'. El Hijo de Dios comunica pues a su humanidad su propio modo personal de existir en la Trinidad. Así, en su alma como en su cuerpo, Cristo expresa humanamente las costumbres divinas de la Trinidad" (N. 470).

Ciertamente mucho más de todo esto se comprende en la oración y en la comunión con la cruz de Cristo, pues siempre será verdad que Dios "ha escondido estas cosas a los sabios e inteligentes y las ha revelado a los humildes" (Mt 11,25).

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo Auxiliar de Concepción